

Cristos... y cruces.

Parece que alguien se propone una tarea ardua. Me refiero a la de retirar crucifijos de los lugares públicos. Tarea ardua, por no decir imposible, y no porque los cristianos vayan a crear dificultades –a los cristianos se les exige ser respetuosos con todo el mundo–, sino por la naturaleza misma de la empresa, pues se trata de retirar, no estatuas o ídolos, sino símbolos, y los símbolos se rebelan cuando alguien pretende suprimirlos, ya sea con razones o con leyes.

El crucifijo recuerda y representa –simboliza– a un hombre que pasó por el mundo haciendo el bien, y que fue violentado por la injusticia de los poderosos, acosado sobre todo por los poderes religiosos de su tiempo.

El crucifijo recuerda y representa a los humildes que nadie toma en consideración, a los oprimidos que no se rinden, a los excluidos que mantienen la esperanza.

Además, para muchos, el crucifijo recuerda y representa el amor que Dios les tiene y al que Dios los llama, la gracia y la justicia que Dios les ofrece y que ellos agradecen, la paz que sólo de Dios les puede venir y que nadie les puede quitar.

Se podrá retirar de los espacios públicos un símbolo, pero otros mil lo sustituirán. Por las aulas de las escuelas se pasearán la A y la Z, que evocan el principio y el fin; la T y la X, que forman la cruz; las JHS, que van diciendo «Jesús», como si fuesen las letras del estornudo. ¡Hablará de Cristo todo el abecedario! Y los niños dibujarán peces, panes y racimos, y el profesor hablará sentado detrás de una mesa preparada para enseñar, y peces, pan, uvas y mesa hablarán a su modo de un hombre de nombre Jesús. Y desde las páginas de cualquier libro, se asomará al horizonte de la mirada el perfil de un velero, y entre las velas los ojos divisarán la cruz. Con la cruz echaremos el ancla, y a la cruz sujetaremos las estachas de nuestra embarcación. ¡Hasta el Juan Sebastián de Elcano habrá de ser desmantelado si no se quiere que hable de Cristo! Y si, cargados de razón, nos empeñásemos en que las paredes de los espacios públicos quedasen en blanco, no podríamos evitar que aquel blanco tan limpio y tan laico nos hablase del hombre al que la resurrección revistió con luz de inmortalidad.

Y luego aún quedan ellos, los de siempre, hombres y mujeres que llenan los espacios públicos. Se podrá retirar de allí un crucifijo, todos los crucifijos, pero mientras no se retire al hombre, allí estará Cristo, con su cruz y con la nuestra.

Mejor será si nos dedicamos todos a bajar de sus cruces a los pobres cristos: los del paro, los sin papeles, los sin techo...

+ Fr. Santiago Agrelo
Arzobispo de Tánger